

La revolución

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Lucas Nine

loqueleg

*A*penas entró el sonriente hombrecito encargado de la carrera de Córdoba y vació sobre la mesa la bolsa de cartas, Benicio identificó entre la montaña de papeles el sobre destinado a *su* Angélica Linares. El correo se sirvió mate cocido y dejó el tazón sobre la mesa para ir a saludar a un auxiliar. ¡Otro estúpido sobre perfumado! ¡El cuarto que ese Constantino Delgado Casavento se atrevía a enviar!

¿Puede alguien ser tan insistente y pesado? ¿Puede humillarse como esos perros que siguen a una persona por un callejón pese a que su insistencia es contestada con patadas y cascotazos? ¿Si ella no respondía! ¿Cuatro mensajes en cinco o seis semanas! Y no utilizaba pliegos comunes, papeles pegados en los bordes ni rollos lacrados, sino esos distinguidos y carísimos sobres de papel texturado que seguramente la familia de aquel ricachón cordobés hacía traer de Inglaterra. ¡Y los perfumaba! ¡Imbécil!



Hacía dos meses que había entrado a trabajar en el correo con una paga de cuarenta pesos al mes. Todo el mérito era de su madre, que ni un solo día dejó de ir a reclamar al Cabildo para que se compensara la muerte del marido con un trabajo para el hijo. Las autoridades la trataron con la misma indiferencia que a las demás viudas pobres y sus ruegos hubieran sido inútiles de no encontrar, entre tanto regidor, cabildante, oidor, alcalde de barrio y teniente del rey, a uno que casualmente conocía al finado por haber compartido con él una travesura de niños.



El oidor que ahora era un señor regordete temeroso de los criollos que semanas antes habían impuesto un gobierno propio, en 1785 había conocido al que sería el padre de Benicio cuando ambos tenían once años y se atrevieron a colarse en una expedición que iba al desierto a buscar sal. Esa travesura era el mejor recuerdo que el oidor tenía de su infancia, en la que abundaban la severidad, el encierro y las horas de estudio con sacerdotes pagados por su padre.

Los chicos fueron amigos mientras duró la aventura y apenas llegó la primera juventud sus caminos se separaron: el padre de Benicio fue tropero hasta el día en que lo mataron los ingleses; el otro fue a estudiar a España y a su regreso fue, como habían sido su padre y su abuelo, oidor de la Real Audiencia. Nunca más cruzaron una palabra, pero aquel suceso seguía vivo en la memoria del oidor, de modo que, conmovido por los ruegos de la viuda, habló con el director de la Real Renta de Correos, y a la semana Benicio estaba trabajando como auxiliar.



La carta tenía remitente en Córdoba y el nombre y el apellido de Angélica se destacaban por ciertos arabescos elegantes. Era lo que aquel maestro tan exigente de la Escuela del Rey, el padre Epifanio, llamaba “preciosa e inmaculada caligrafía”. La letra “preciosa e inmaculada” merecía una bondadosa sonrisa y una felicitación. Los “garabatos propios de un mulo o un indio”, que así los llamaba, los castigaba con cuatro potentes coscorrones, que a veces podían ser ocho o diez, y hasta un bastonazo. De milagro la cabeza de Benicio no estaba deformada por tantos golpes

recibidos, así que le resultaba inevitable envidiar las buenas caligrafías. Y había que reconocer que ese Constantino Delgado Casavento, quienquiera que fuese, tenía muy buena letra.



—¿Hoy no piensas trabajar? —le preguntó el primer oficial, al ver que la montaña seguía intacta.

—¡Rápido con esas cartas! —se sumó Antonio Romero de Tejada, sentado al escritorio en la parte delantera, desde donde vigilaba todo sin mover el torso, solo la cabeza, y eso con rapidísimos giros que recordaban a los ratones cuando salen de la cueva y registran si hay gatos u otros enemigos a la vista.

—Ya me ocupo, señor director.



No le costó adaptarse al trabajo, aunque por ser joven y nuevo debía obedecer a los demás en lo que se les ocurriese: barrer el piso, servirles aguardiente, ir a lo del boticario a buscar remedios para la señora de Tejada, ayudar con el reparto de *La Gaceta*, llevar sobres “confidenciales”... A tal



punto “confidenciales” que el director le hacía jurar que ni los demás empleados del correo, especialmente el primer oficial y el cartero principal, debían saberlo.

Pero lo sabían. Lo sabían porque también ellos vigilaban los movimientos del director. Los dos eran de apellido Gómez, sin ser parientes, así que mientras al primer oficial lo llamaban por su nombre, Gregorio, al cartero principal se lo llamaba “Gómez”. Gregorio y Gómez solían criticar a Tejada cuando este se ausentaba, y cuando ellos no estaban era Tejada el que despotricaba contra sus subalternos. Albin, el contador, no se sumaba a ninguna de las críticas y se las ingeniaba para quedar bien con las dos partes.



¿Y si para Angélica ese Constantino Delgado Casavento no era “insistente y pesado” como él pensaba? ¿Si era su pretendiente oficial y a ella le agradaba que la cortejara enviándole esas asquerosas cartas perfumadas? Si las cosas eran así, ¿dónde se habían conocido? ¿Y cómo él, tan pendiente de ella, de sus amistades y sus paseos, no se había dado cuenta?



Las tareas del correo eran un poco aburridas, así que lo mejor era salir a repartir porque de esa manera podía vagabundear a gusto. Para salir a repartir cartas había tres personas pero una de ellas, nada menos que Domingo French, desde al año anterior estaba relevada de esa tarea. Por su valiente participación en la lucha contra los ingleses había sido destinado al Regimiento de Húsares con un grado importante. Como la Real Renta de Correo se hacía cargo del sueldo de French, Tejada no ponía a alguien en su reemplazo, así que a veces tenía que salir Benicio a repartir cartas. Era lo que más le gustaba.



Al mes de trabajar ya tenía una idea de cómo eran las cosas entre los empleados y el director.

—El correo es una bolsa de gatos —le había comentado a su madre que, feliz y orgullosa de que su hijo tuviera empleo, se levantaba a las seis de la mañana a cebarle mate—. El director está con los españoles y los empleados, con los criollos. El director apoya a Cisneros y los carteros son todos chisperos de French. El 25 fueron todos a la plaza con French. Y dicen que el director trinaba porque ellos hicieron desaparecer su invitación para concurrir al Cabildo.

—¡Y a ti qué te importa! —se enojó la mujer—. Tienes un trabajo y debes cuidarlo. Mejor presta atención a tus obligaciones y no te metas adonde no te llaman. Además, todo esto va a terminarse pronto.

—¿Qué, va a terminar pronto?

—Este gobierno “legítimo” —la madre usaba la palabra “legítimo” al revés. Lo que quería decir era “gobierno ilegítimo”.

—¿Sigues yendo a las misas del obispo? —le preguntó Benicio—. ¿Ahí hablan de “gobierno ilegítimo”, no? En cualquier momento le van a prohibir dar misas.

—Lo único que falta.



Apenas entraba, a la mañana, debía juntar las cartas dejadas en el buzón que estaba en la puerta y las llegadas por distintas vías. Después las clasificaba, separando las que debían llevarse a domicilio, las que quedaban allí para que los interesados pasaran a buscarlas (con esas, además, debía confeccionar un listado y pegarlo en la puerta). También debía apartar las que iban a la carrera del Tucumán o a la de Córdoba y los oficios y circulares del Cabildo que tenían prioridad. Pero de

todo, de las tareas que le habían asignado y tenía que realizar apenas entraba, se olvidó esa mañana apenas vio el cuarto de aquellos elegantes sobres y otra vez sintió que se le revolvía el estómago.



¿Qué tenía que hacer con ese sobre perfumado? ¿Abrirlo, leer el mensaje y arrojarlo a la basura? ¿Quemarlo sin abrirlo? ¿Dejarlo debajo de la montaña de cartas que crecía año a año con correspondencia que nadie venía a buscar porque el destinatario no tenía con qué pagar para llevársela? ¿Meterlo en el saco de lo que se mandaba a España en el paquebote que pasaba por Colonia del Sacramento? ¿O dejar que la carta siguiera su curso, que llegara a las manos de la bellísima Angélica, para que ella la leyera y definitivamente se enamorara de Intestino Delgado Cagalento, convirtiéndose él, Benicio, en el ser más desdichado del mundo?



—¡A trabajar de una vez, he dicho! — explotó Antonio Romero de Tejada, y hasta el primer oficial se asustó.